

CHARLAS FEMENINAS



POR

ISABEL MOREL

Índole femenina

La intuición es tan natural en la mujer como el instinto de maternidad, que asume diapasones infinitos, aplicándose desde la fisiología hasta las cumbres majestuosas de la dicha humana que se sienten revestidas por las nieves eternas del dolor.

Este sentido sutil,—la intuición,—es para la mujer un punto de apoyo, o, más bien dicho, un dosel de solidez, nacido espontáneamente para fijar rumbo al inquieto espíritu femenino.

Es como si la mujer tuviera sobre el corazón una flexible lámina imantada capaz de atraer a su sensación comprensiva, las complejidades externas, que el hombre va resolviendo paso a paso con una lógica inflexible y un razonamiento matemático. Jamás las mujeres podremos competir con el hombre en tales cualidades, innatas a un egoísmo consciente que logra centralizar sus facultades, prescindiendo del mundo exterior.

El altruismo es de índole femenina y esto lo comprueba ampliamente su instinto maternal que busca con afán seres ajenos a sí mismo para exteriorizar su sentimiento. Eso no quita sin embargo, el intercambio de cualidades y defectos en los sexos opuestos, donde suelen encontrar mujeres que sólo lo son en el aspecto y hombres viceversa. Las apreciaciones de conjunto difícilmente pueden abarcar el matiz de los caracteres individuales, que están sometidos a tan diversas modalidades: nacimiento, educación, nivel social, etc. Pero apesar de todo, el alma colectiva se deja ver en la manifestación que civiliza.

El altruismo es, pues, la contraposición del egoísmo masculino, eje formidable de sus expresiones discernidoras, si el hombre usa intuición que se le presenta como la ofrenda de una hada, también la metodiza y la somete a su voluntad inflexible, haciéndola esclava de sus pasiones e intereses. Pero la mujer navega en ella, la respira, la ríe, la llora, circula en su sangre, vibra en sus nervios, se enciende en sus ojos... Y si la inteligencia lleva a la mujer a la comprensión de la necesidad del discernimiento y a la razón "rechaza" su habitual "corazonada intuitiva," la veremos agobiada y triste, sin encontrar una defensa contra la disolución y el desgano...

Es bien interesante estudiar en el alma femenina los "medios" de que se vale para perfeccionar su rumbo. Y también cautiva a la investigación psicológica el resultado armónico que producen las modalidades masculina y femenina que logran completarse en un amor bien puesto. ¿Qué sería de la Tierra sin los movimientos opuestos que producen el equilibrio? Esos dos movimientos me parecen genitores de la naturaleza humana: fuerza centrífuga o altruismo; fuerza centrípeta o egoísmo. La lógica de la hipótesis nos afirmaría en la creencia de que los proyectos de progreso en la mujer, para ser eficientes a la armonía, no pueden extralimitar su "ubicación fisiológica." Quizá el mejor rumbo sería ir adquiriendo "con prudencia" las cualidades masculinas, sin tratar de dominarlas y hacer de ellas banderola de guerra, sino para armonizar los caracteres y ayudar mejor a las necesidades de la vida, que exige a una mujer de su casa que tenga el razonamiento suficiente para defender los intereses de la familia...

Siendo intuición, yema de actividad en la mujer, es obvio que debe usarla; pero también es indudable que el razonamiento debe marchar siempre a la vera del ave ideal que tan pronto clava el ala en el azul transpa-

rente de los cielos, como la abate, cubriendo piadosa los yertos estremecimientos del dolor humano.

La intuición resguarda los proyectos, los trabaja en el pensamiento y los realiza, sin saber cuándo ni cómo ni por qué ¡pero los realiza!

Esta sutilísima facultad de la mujer extendida bastante sobre la tierra, es la idea maternal y bienhechora que anima a la masa femenina a defender con el conocimiento y el trabajo al hijo amado.

No sé de mujer alguna que quiera estudiar o trabajar para "divertirse y jugar cachos". Casi todas realizan una necesidad bellamente maternal: ayudar a los suyos, cooperar al bienestar de la familia y deja de ser un motivo de molestia, una carga pesada que vegeta dentro de la inutilidad y el ocio.

He oído decir a un caballero galante:

—Las mujeres trabajan nada más que para echarse lujo encima... y se ensoberbecen ¡es claro! de su vida independiente.

Guardé silencio, pensando:

—¿Y por qué la juventud que gusta de las galas "y no tiene cómo adquirirlas," no ha de trabajar para usar lo que es de su agrado? ¿Por qué? ¿Acaso los hombres no "suelen" trabajar para saciar sus apetitos no siempre inofensivos?

Es claro que la mujer que trabaja y tiene lo suficiente para sus gastos personales, por débil que sea, no caerá en la tentación de recibir regalos indecorosos de los galantes señores que apetecen "el ocio y la necesidad" como cómplice de sus proyectos de conquista...

El trabajo femenino va nivelando al plano de la inteligencia mutua "el más y el menos" con que juega Cupido.

Mucho se discute la cuestión "derecho" de la mujer, y se cree vulgarmente que la aspiración femenina es

un acto de antropofagía moral o un envidioso deseo de superar los valores del rey de la creación.

Y nada más ajeno que eso, es la verdadera labor femenina, que, desinteresadamente y con firme perseverencia, trabaja y educa para las generaciones venideras, sin abandonar ni por un instante su misión maternal, antes bien, perfeccionado conocimiento y arraigado hábitos de higiene que han de mejorar el producto de la raza.

Millares de mujeres están reuniéndose bajo ramas diferentes, que pertenecen al mismo árbol, en cuyo tronco está grabado el lema inmortal: "Por Dios y por la Patria". "Trabajan" como las abejas, obscuramente, a sabiendas de que la obra personal no dará brillo a su amor propio. Morirán esas valientes obreras que han emprendido el doloroso salvamento del niño, y quizá nadie recordará su acción personal; pero esa parte bellísima de su corazón, que fué puesto en la labor común, vivirá eternamente, porque será el grano de oro del bienestar futuro, la cooperación humilde al plan maravilloso de Dios.

Pensando en esto podemos bien sonreír, cuando nos ponen en solfa haciéndonos figurar como "la invasión del monstruo moderno"...

Y sin embargo, el monstruo no se revela. Sigue otorgando ideal y poesía al hombre elegido, que, sin transición le exige el dominio de sí misma y trabajo y raciocinio práctico como ama de casa; luego, como madre, le pide sacrificio. Y esto, sin tomar en cuenta la tiranía del hijo que lo exige todo: dolor, prolongalas vigiliass y amor infinito... para exigir luego a esa misma mujer, adherida a su vida, que se desprenda de sus asuntos íntimos y siga siendo madre a prudente distancia... donde no estorbe los primeros vuelos de la juventud naciente.

Sí. El monstruo del feminismo moderno "no quiere

abdicar de su misión": la afronta con todas sus dichas y dolores. Sólo desea perfeccionarla, dando a los hijos, madres activas con la inteligencia educada y el conocimiento generosamente listo a ofrecerse a la familia a la nación y a la humanidad, como un nuevo don de Dios que yacía penosamente envuelto en la crisálida tenebrosa de la ignorancia.

No sólo trabajan en silencio las que sustentan a los suyos y alivian de un pesado fardo al padre anciano... También las que no están urgidas por la necesidad, trabajan por los desamparados, por el niño que se agota en la negra miseria. Defienden en él a nuestra raza, al futuro ciudadano chileno que soñamos sano, fuerte y activo.

